

# CIUDAD Y CONFLICTO SOCIAL

## Fermín Bouza Alvarez

La historia del conflicto social urbano es la historia de la modificación de los modos de agrupamiento social, que cambian con las transformaciones económicas y simbólicas: entre los primeros conflictos desregulados a los actuales conflictos reglamentados ha transcurrido la historia humana de los países avanzados y semiavanzados. Pero no siempre es así: porque ni los primitivos conflictos fueron siempre desordenados ni los actuales se ciñen siempre a un orden reglamentario.

Los procesos de cambio social que están ocurriendo en el mundo, tanto en los países avanzados como en aquellos en vías de desarrollo, están creando un nuevo modelo urbano ligado por una red económica de intercambios en un sistema urbano mundial con ciudades de diversa importancia dentro del sistema.

Los modelos de conflicto a más largo plazo dependerán de la resolución de los problemas más graves del momento. Si las cosas se consolidan en la línea actual, las ciudades tenderán a convertirse en los lugares centrales de la regulación económica nacional e internacional, y aquéllas que no se adapten a esa función modernizando su estructura informativa, tecnológica y financiera se quedarán fuera del proceso y sufrirán un estancamiento o regresión que les traerá nuevos problemas de paro y subdesarrollo en su periferia.

## INTRODUCCION

Trataré de desarrollar, con el apoyo didáctico de bibliografía y textos, el proceso por el cual los individuos y las colectividades generan conflictos en el marco urbano. Se trata de una cuestión netamente interdisciplinar que no se debe solventar con un conjunto de estadísticas descontextualizadas. Los problemas económicos, sociológicos y urbanísticos se producen sobre realidades antropológicas y psicológicas. Desde esta perspectiva el tema de la ciudad ofrece nuevos ángulos que aquí me permito insinuar. En particular, el tema de la ciudad como medio de comunicación de masa, creando lugares inco nexos, al margen de la información global, que acaban por convertirse en espacios de patolo-

## The city and social conflict

From the shapeless uprisings of old to the mutually limited conflicts of this age, the paper maintains that the history of social conflict is to be understood in terms of the changes that take place in the way that people group together, this grouping being subject to symbolic and economic shifts and that these are the proper subject for any history of developed and developing nations. The paper takes pains however to admit that there were primitive conflicts that were more than mere mayhem and that those of our days have been known to go beyond the previously agreed limits for them.

Present day Social Change in both the advanced and advancing countries is bringing into being a new model of city tied in with an interchange network the mesh of which represents what is neither more nor less than a universal city set up in which there are unit cities of varying importance to that overall organization.

Conflict type in the long term is here seen to be subject to the solutions found or not for the graver sort being faced in these times. Were things to become set within their present day model, it is thought that cities would become places wherein national and international economies are controlled and that such as were not up to adapting themselves to such a role in its technological, informatic and finance activity requirements would stagnate or fall into decline, these states of decadence then being sure to give rise to unemployment and syndromes proper to underdevelopment within the poorer districts of the same.

gía social altamente conflictiva, es un tema de gran interés. Los nuevos desarrollos teóricos de las ciencias sociales permiten abordar el análisis urbano con conceptualizaciones que podrían abrir vías analíticas para mejorar la calidad de la vida urbana.

## LA SUPERIORIDAD DEL HOMBRE URBANO Y LOS NUEVOS ESCENARIOS DEL CONFLICTO

Los primeros ciudadanos que vivieron en una ciudad similar o parecida a lo que hoy entendemos por tal debieron responder, por los datos que tenemos, a las características que se vienen atribuyendo a una etnia: un nombre colectivo, un mito común de génesis u orígenes, una historia compartida, una cultura diferencial también com-

partida, una vinculación a un territorio específico y un sentido de la solidaridad (véase SMITH, A. D., 1988, págs. 21-31, sobre el concepto de *etnia*). Probablemente había muchas excepciones, pero el núcleo fundador debió tener unas características de este tipo. También es posible que uno de los primeros castigos graves que se le pudieron poner a un ciudadano fuera la exclusión de la ciudad: «... la ciudad... se concibe como un círculo mágico consagrado por el antepasado fundador, renovado por la sangre de los sacrificios y destinado, en fin, a proteger al individuo de cualquier daño y, sobre todo, de las consecuencias de su propio pecado. Parte integrante de un ser colectivo justificado, lo que más teme el individuo es que lo excluyan de su grupo...» (SERVIER, J., 1969, pág. 11). Será la casta sacerdotal, dueña del templo a cuyo alrededor crece la urbe y en el que se almacenan alimentos, documentos y objetos varios de valor simbólico o real, la que determine la creencia y la ley: el poder de este grupo sobre los medios de comunicación (la escritura) determina su carácter (véase GOODY, J., 1990). Estamos ante conflictos que vienen definidos por las peculiaridades de esta ciudad semitribal y religiosa: conflictos de identidad, de legitimidad, de religión. Luchas de carácter teocrático que expresan las primeras tensiones del nuevo orden urbano en su intento por fijarse como orden político: la ciudad como centro regulador de la economía y de la creencia de una comarca más o menos amplia que se identifica con el lugar simbólico que la urbe y el templo representan.

La superioridad de lo urbano sobre lo rural, tópico de la *Política* de Aristóteles (véase CARO BAROJA, J., 1984), que se hace común en la sociedad contemporánea (MARX habla con ironía, en *La Ideología Alemana*, del modo de vida campesino), marca desde las primeras ciudades la mentalidad del hombre urbano y va a constituir, junto con la vitalidad económica de las urbes, uno de los motivos de atracción de las ciudades, expresión del progreso y lugar (a los efectos de lo que aquí se trata) de los nuevos conflictos que irán definiendo la dinámica social. Frente al tópico de la superioridad nacerá el de la vida retirada o natural, que será común a los cínicos, a los franciscanos o a los movimientos contraculturales del siglo XX, entre otros (sobre el tópico *Naturalidad en la publicidad contemporánea* ver BOUZA, F., 1983 y 1984a). Frente a la literatura cómica del «paleta», que existe desde siempre, nacerá la literatura del hombre puro, salvaje, agrario o robinsoniano, que está recogida en tantas culturas. Con la Ilustración, el tema tomará otros matices, pero su raíz está en la división urbano/rural: «... esta fábula (*El Viviente, hijo del Despierto*) llegó asimismo a la literatura europea, teniendo en ella mayor difusión que la de los tres anillos, pues la novela de Abentofáil sirvió más adelante de modelo para el Robinson y sus innumerables imitaciones. Mas la novela, en sí, procede ideológicamente de Avicena; incluso el ingenioso título está tomado literalmente de él.

Deseando demostrar la absoluta suficiencia del conocimiento racional, había imaginado Avicena a un hombre que en plena soledad alcanzaba el conocimiento, y le había bautizado con un nombre muy poco... opiáceo: "Hadj ibn Yakzan", "el Viviente, hijo del Despierto". (...) Cien años después escribió en la España árabe Abentofáil, el maestro de Averroes, la novela con el mismo título: *El Viviente, hijo del Despierto*, en la que habría de ser ejemplificada la ficción de Avicena. Con el nombre de *Philosophus autodidactus* llegó en 1761, en el momento oportuno, esta novela a la temprana ilustración europea; su traducción alemana, de EICHHORN —*Der Naturmensch (El hombre natural)*, 1783—, puso un broche roussoniano a la tardía» (BLOCH, E., 1966, págs. 23-24).

La ciudad más evocada, cuna de una parte sustancial de nuestra cultura, la *polis* de los griegos, estaba fundada sobre el sentimiento de pertenencia («sentimiento de pertenencia al grupo y conocimiento mutuo personal», GINER, S., 1988, pág. 27): era una *comunidad* afectiva con fuertes diferencias sociales: las continuas guerras contra el exterior y los cambios políticos locales definen una ciudad conflictiva para cuyo orden escribe Platón *La República*, utopía ordenancista que va a fijar ciertas líneas generales de resolución de conflictos sobre una estructura rígida del Estado, modelo de «autoridad» ejemplar que expresa en su propio enunciado las dificultades del orden urbano, cuarteado por los problemas creados por la comercialización de todo: las masas llegan a exterminar los rebaños de los grandes campesinos por los problemas que crea la expropiación de vastos territorios para la cría en gran escala. Reparto de tierras, condonación de deudas, y otros motivos, como los enfrentamientos interclases e intraclasses (nobleza frente a nobleza, trabajadores libres frente a serviles), hacen de la *polis* un lugar que resume lo que va a ser, con los cambios que la historia impone, el conflicto social urbano (sobre Atenas, su vida política, guerras, conflictos y disturbios, véase RODRIGUEZ ADRADOS, F., 1975).

Los conflictos sociales en los burgos medievales presentan un carácter organizado, agremiado, que es, en parte, una novedad sobre los conflictos históricos: la asociación de algunos artesanos alrededor de temas comunes, no sólo profesionales, así como el espíritu defensivo de grupo de aristócratas y burgueses (juntos o separados, según sus intereses), definen un conflicto que (con el añadido de las rebeliones de la parte desgremiada del pueblo, socialmente marginal) presenta unas regularidades y una racionalidad que lo hacen más previsible y más cercano a lo que hoy entendemos por conflicto en la ciudad: grupos de interés muy definidos que disputan por alguna cuestión. La existencia de violencia distinguiría a un subconjunto de conflictos más específicamente medievales frente a la normativa regulada de un conflicto contemporáneo en la urbe de los países avanzados. «Se-

gún parece, jamás hubo en el pasado un tipo de hombre tan específico y claramente urbano como el que compuso la burguesía medieval», nos dice PIRENNE (1981, pág. 88). Y es este burgués, con el que se acentúa la escisión ciudad/campo, el que se constituirá en referencia de todo conflicto, bien sea para (aliado con gremios y pueblo bajo) combatir a la nobleza, bien para (aliado con la nobleza) combatir a los gremios y al pueblo bajo. Y aun para combatir al pueblo llano aliado con los (o «sus») gremios. Que todas estas posibilidades y otras se dieron en el largo transcurso de las edades medias. Hubo una tendencia a la *ritualización* de los conflictos, tanto individuales como colectivos, que contribuyó a su organización u ordenación como conflictos: «Las observaciones hechas confirman la tesis general de que la sociedad medieval era una sociedad con un alto grado de significación, es decir, que la separación de la esencia real de los fenómenos de su esencia signica era en lo que se basaba su concepción del mundo. En particular a esto se une este fenómeno característico; cualquier forma de actividad de un colectivo medieval, para ser un hecho con valor social, tenía que transformarse en un ritual. El combate, la caza, la diplomacia —la administración en general—, el arte, exigían un ritual» (LOT-MAN, J. M., 1979, pág. 46).

En sus castillos primero, y en sus villas de campo o en sus palacios urbanos después, los propietarios de la riqueza levantan un muro a la peste o a la rebelión, dando lugar a la literatura del *hortus conclusus* o del *locus amoenus*: del jardín que salvaguarda: «... al otro lado de la línea de cipreses y álamos (*Decamerón*), la peste hace estragos en la ciudad abandonada. Lo novedoso del encuadre no estriba tanto en el jardín como en que éste y el campo se han convertido en el refugio al que el ciudadano se acoge para librarse de los males de la urbe. La ciudad, que se creó como refugio y barrera contra la naturaleza y sus hostiles caprichos, resulta que puede ser tan peligrosa y hostil como ésta» (GOMEZ DE LIAÑO, I., 1990, pág. 18).

Con la modernidad, y transformada definitivamente la ciudad en el lugar teórico y empírico de la Razón y la Revolución, ni los burgueses ni los proletarios del nuevo mundo podían imaginar otro escenario para la gran batalla política y económica en que estaban embarcándose. «La utopía occidental de una sociedad racional en un mundo racional es, antes que nada, una específica utopía urbana» (MOYA, C., 1977, pág. 15). «Los límites mitológicos de la Razón Sociológica contemporánea sólo devienen manifiestos cuando se descubren sus orígenes en la secularización de la Teología Política como específica mitología del imperio de la ciudad, que ahora deviene capital y centro carismático del Estado Nacional, en su propia pretensión de imponerse como Estado Racional de Derecho sobre la comunidad de sus súbditos o ciudadanos» (ibidem, pág. 19).

Esta ciudad, que ya es la nuestra, va a ser el

escenario de los grandes conflictos sociales y políticos del siglo xx. Es ya plenamente la ciudad de la que habla Weber como centro de intercambio y mercado de autoabastecimiento (WEBER, M., 1979, pág. 939) que irá convirtiéndose en ciudad de la información, siendo ella misma un poderoso medio de comunicación de masa. Sobre este nuevo escenario que es la ciudad contemporánea hablaremos más adelante.

## NEGAR LA CIUDAD Y NEGAR EL CONFLICTO

Como generadora de problemas y testigo de un angustioso y legendario futuro permanente de progreso desconocido, la ciudad (en particular la ciudad moderna y contemporánea) creó las condiciones para que los millones de campesinos que la rodeaban planteasen su propio conflicto frente a lo urbano bajo la forma de rebeliones antiindustriales, adhesiones a ideologías agraristas de contenido autoritario, nacionalismos esencialistas, y las mil formas de insurrección que pusieron los cimientos del fascismo en sus diversas variantes.

Cuando el sociólogo LEWIS MASQUERIER, en su *Sociology* (1877), pedía la abolición de la ciudad, estaba representando el pensamiento de esos millones de campesinos amenazados por la nueva era: era eso que podíamos llamar conservadurismo utópico (bajo la forma, a veces, de socialismo utópico en alguna versión antiindustrial) que nutrió también a sectores urbanos del movimiento obrero. Quizá el *luddismo* (la destrucción de la maquinaria por los obreros ingleses y escoceses para presionar a los empresarios a principios del xix) pudiera entenderse también desde esta perspectiva de rebelión agraria de la mano de trabajadores muy vinculados al mundo rural.

La construcción teórica de Marx estaba fundada en la supremacía de lo urbano, y eran las clases trabajadoras urbanas las que debían racionalizar el definitivo conflicto entre trabajo y capital bajo la forma «urbanizada» de la contradicción: proletarios y burgueses. Y no le debía faltar razón al deseo cientista de Marx si observamos el porcentaje de votantes rurales (*farmers*) con que cuenta la izquierda de un país industrial avanzado como Suecia: son el 1 por 100 del total de votantes del SAP (socialdemócratas) y el 0 por 100 del total de los votantes del VPK (comunistas) (TAYLOR, A. J., 1989, pág. 85).

El refugio de la rebelión romántica en el paisaje no urbano, como lugar en el que el yo individual, y aun el colectivo, deberían fundirse para encontrar aquella plenitud existencial del sentimiento, era una negación de lo urbano por la vía simbólica: la aventura lejana, el raro viaje, la montaña perdida, las ruinas medievales, etc., expresaban esa condición negativa y esa nostalgia de un mundo que se intuía perdido para siempre. Aquellos conflictos del alma individual representaban el drama de una pérdida que en el arte

o en la literatura tenían su sesgo más amable, pero que para los habitantes del viejo mundo rural (señores y siervos, campesinos de toda condición) era un drama económico y social que entrañaba una reconversión anímica y productiva que no siempre se logró. Así, la ciudad apareció como enemiga definitiva de los movimientos agrarios de los últimos siglos: «Que vea la ciudad podrida / cueva de la canalla / a la aldea que trabaja / dispuesta a luchar», decían unos versos en gallego del poeta RAMON CABANILLAS.

El uso y el abuso que la publicidad contemporánea hace del tópico *Naturaleza* (productos naturales, auténticos, campestres, etc.) delata su excesiva ausencia en la ciudad contemporánea. El conflicto naturaleza/ciudad ha sido retomado por los movimientos ecologistas, que en sus casos más extremos plantean un auténtico regreso al paraíso perdido de la explotación agrícola. La destrucción que genera la ciudad y sus desechos ha llegado al campo y plantea hoy, de forma nueva por su fuerza social, el tema de la conservación de la naturaleza, conflicto central que tiene como eje una redefinición de «la ciudad» en sentido amplio.

La ciudad, pues, no es sólo generadora de su propio conflicto social interior, sino que ha creado y crea un conflicto específico que podemos abordar en una perspectiva más abstracta (ciudad/naturaleza) o más concreta (funcionalidad del campo en perspectiva económica), pero que es un conflicto central de la revolución industrial y de su antecedente, la revolución neolítica, punto de arranque de toda urbanidad futura.

## DEMOGRAFIA, URBANIZACION Y CONFLICTO

Con el decrecimiento de la población rural y el incremento de la urbana en el siglo XIX, el nuevo mundo industrial se consolida como eje del desarrollo económico y como variable demográfica interviniente que determina los flujos de población y las nuevas necesidades de todo orden que la acumulación urbana plantea. De 1700 a 1900 la población mundial casi se triplica (de 680 millones a 1.634 millones), pero un siglo después, en el año 2000, la población sobrepasará los 6.000 millones (6.118.850.000) (datos ONU). También a fin de siglo unas 26 ciudades del mundo tendrán 10 millones o más de habitantes, y la mayor parte de ellas estarán en las zonas de subdesarrollo (datos ONU). El peso demográfico de Europa (con la Unión Soviética) habrá pasado de ser el 26 por 100 en 1990 a ser el 10,7 en el 2000. Esta misma relación es de 8/18,8 para África y 4/10,6 para América Latina (datos ONU).

En el año 2000 la población urbana del Tercer Mundo será de un 40 por 100 sobre el total de la población en esos países (era el 5 por 100 en 1900). Las cifras de urbanidad o urbanización de la ONU son sobre población en ciudades de más

de 100.000 habitantes. Con esa misma base, y según el Padrón Municipal de 1986, en España había en el momento censal un 42,4 por 100 de la población viviendo en ciudades de más de 100.000 habitantes. En ciudades de más de 10.000 habitantes estaba el 74,2 por 100 de la población española (véase SALCEDO, J., 1990).

Según las proyecciones ONU, 2.200 millones de personas vivirán en el año 2000 en ciudades con más de 100.000 habitantes, 1.400 millones de los cuales corresponden a ciudades de los países no avanzados.

Algunas megalópolis (Nueva York, Tokio, Londres) son parte dominante del sistema mundial, y ocupan la más alta jerarquía por su centralidad en el sistema, al que determinan. En menor medida, ciudades como Chicago, Los Angeles, París, Bruselas, Frankfurt, Zúrich, São Paulo o Singapur forman la segunda línea del sistema. Madrid, México, Caracas, Milán, etc., son la tercera línea (*secondary world city*) que precede al grupo de grandes ciudades no determinantes del sistema urbano (véanse KNOX, P., y AGNEW, J., 1990, págs. 56-62).

Algunas cuestiones importantes pueden afectar a la nueva visión de lo urbano en una perspectiva global:

«— El dominio en lo internacional de la escisión centro/periferia.

— Los cambios selectivos en las formas de desarrollo asociadas con la nueva división internacional del trabajo.

— La existencia de divisiones centro/periferia dentro de los países centrales y periféricos.

— La intensidad de las diferencias o disparidades entre lo urbano y lo rural en el interior de los países periféricos.

— La divergencia creciente de bienestar económico entre las regiones de los países periféricos.

— La persistencia de las regularidades tamaño/rango en ciertos sistemas urbanos.

— La creciente primacía del sistema urbano en la periferia.

— La emergencia de un sistema global en el que unas pocas «ciudades mundiales» (*world cities*) operan como centros de control de los negocios internacionales» (*ibid.*, págs. 60-61).

Estos datos y otros muchos con que pudiéramos operar nos conducen a la misma cuestión: los procesos de urbanización en el Tercer Mundo y las ciudades que de ellos resultan están generando una serie de conflictos internos (a las propias ciudades) y de conflictos centro/periferia en el propio ámbito de esos países, que podemos decir que el conjunto de los problemas que podemos llamar endógenos en los países subdesarrollados (si es que se nos permite hablar aún de problemas endógenos) están vinculados a la ciudad, y que es en esas grandes, medianas y pequeñas ciudades de los países pobres en donde se está jugando su futuro. Al igual que en la Europa del XIX, el proceso galopante de urbanización en el Tercer Mundo está crean-

do grandes masas de desplazados y desarraigados que van a vivir a ciudades sin servicios básicos suficientes y que están creando problemas casi invencibles en lo relativo a vivienda, transporte, sanidad, trabajo e incluso alimentación, aunque esas dificultades podrían anunciarse, si se toman las riendas del proceso, un futuro mejor: «Durante mucho tiempo percibidas como focos de pobreza, desorden y delincuencia, las ciudades del Tercer Mundo juegan en realidad un papel positivo por su función económica: ellas constituyen lugares de innovación y de transformación social (las tasas de natalidad tienen tendencia a decrecer), de formación y de acceso a la democracia. Aún es necesario que tengan los equipamientos colectivos indispensables: alimentación y agua potable, eliminación de los desperdicios, sistema de transporte eficaces. (...) El ritmo incontenido de crecimiento de la población, la ausencia de políticas de la tierra o la vivienda, así como de planes de ordenación, la dificultad de encontrar los capitales necesarios para asegurar las inversiones indispensables (estas inversiones pueden representar del 15 al 20 por 100, y a veces bastante más, del presupuesto anual de las ciudades), mientras que un gran número de ciudadanos (a veces los dos tercios) viven por debajo del umbral de la pobreza, han arrastrado, estos últimos años, una degradación alarmante de las infraestructuras» (MOTCHANE, J. L., 1991). La cuestión se agrava si tenemos en cuenta que la población rural, en términos absolutos, no disminuye, y que es en las ciudades en donde las tasas de natalidad decaen.

La presión migratoria sobre las grandes ciudades europeas desde el Tercer Mundo y los países del este de Europa crecerá en los próximos años, replanteando los temas de la xenofobia y la competencia en el mercado laboral de las poblaciones autóctonas y foráneas. Se saturarán aún más las periferias urbanas con sus graves problemas específicos. En conjunto, la presión demográfica mundial tenderá a agravar los problemas urbanos y multiplicará las áreas urbanas de conflicto.

Paralelamente a este proceso ya iniciado de presión sobre las áreas urbanas desde las diversas periferias, un fenómeno nuevo y de cierta trascendencia aparece: la *contraurbanización* (*counterurbanization*). Bélgica, Irlanda, Italia y Alemania (antes Oeste), son cuatro países europeos en los que la tendencia es clara, lo mismo que en los Estados Unidos, en donde CLAVIN L. BEALE localizó el fenómeno en los años setenta (*The revival of population growth in non-metropolitan America*): «Mientras la velocidad del desarrollo de la población urbana se aceleraba con rapidez en el Tercer Mundo, el proceso de urbanización —al menos en términos de concentración de la población en grandes aglomeraciones— parece ir invirtiéndose en el Primer Mundo» (CHAMPION, A. G., 1989, pág. 1). CHUECA (1970, págs. 21-22) describe así esa parte del éxodo que está a la vista del ciudada-

no de la urbe: «En esta ciudad paleotécnica, y asimismo en la neotécnica, por un proceso ecológico natural, las clases acomodadas huyen de las zonas que invaden la industria y el comercio y van a fijarse en una periferia cada vez más lejana, en medio de un ambiente campestre, donde el cielo está limpio y el humo de las fábricas se convierte en poético fondo de nubes.» Lo cierto, quizá, es que el encarecimiento del suelo urbano y de la vivienda, ligado a la ocupación del centro por las oficinas, ha propiciado la búsqueda de suelo más barato en áreas no industriales a las clases intermedias, al tiempo que los segmentos sociales más altos creaban espacios privados periféricos de gran nivel, separados del resto de la sociedad por nuevos sistemas de seguridad y privacidad. Estos segmentos más altos pueden mantener también sus pisos en el centro.

En España, algunas ciudades como Madrid, Barcelona, Bilbao o Valencia han perdido población de forma sensible en la última o en las dos últimas décadas (VVAA, 1988, y DIAZ ORUETA, F., 1991). «En las principales metrópolis de Italia, Portugal y España se viene produciendo un proceso continuado de pérdida de población en las ciudades centrales. A la vez, las zonas periféricas han experimentado un generalizado crecimiento. Se está pasando de un momento en que las migraciones eran fundamentalmente interregionales a otro en que los principales movimientos tienen como protagonistas a los habitantes de las propias metrópolis» (DIAZ ORUETA, F., *op. cit.*, pág. 232).

## LOS SUJETOS DEL CONFLICTO: MOVILIDAD, EMPATIA Y/O FRACASO

Todos estos procesos han movido, mueven y moverán a cientos de millones de personas que se han desplazado de unos países a otros, de unas ciudades a otras, o del campo a la ciudad o (también ahora) de la ciudad al campo (al menos en el sentido más amplio de la palabra «campo»): sujetos y familias que han visto cambiar su modo de vida, su medio tradicional de desenvolvimiento, su cultura en general, y todo aquello que era específico de su lugar de procedencia. Una parte de ellos acabará encontrando un lugar digno en el proceso productivo, otra parte deberá subsistir en trabajos marginales o precarios, y los demás vivirán en difícil relación con la ley: son los delincuentes de toda condición. La historia de la delincuencia moderna es la historia de la ciudad.

Antes de pasar a esos conflictos sociales protagonizados por sujetos individuales (delincuencia) o colectivos (sindicatos, clases, agrupaciones de cualquier tipo), quisiera comentar unas largas líneas de DAVID LERNER (1969, págs. 396-99), cuyo contenido describe muy bien el tipo de procesos producidos por esos cambios y por esas migraciones dentro de las historias de vida de esos millones de seres mo-

vilizándose. LERNER había escrito un trabajo fundamental sobre modernización, *The passing of Traditional Society* (1958). Me permito reproducir un largo párrafo de un artículo posterior de este sociólogo de la comunicación y la modernización: «... existen dos conjuntos de problemas que en todas partes hacen frente al proceso de desarrollo: la movilidad y la estabilidad. Por movilidad entendemos los problemas de equilibrio de la sociedad. La movilidad es el agente del cambio social. Sólo si una persona puede cambiar su lugar en el mundo, su posición en la sociedad, su propia autoimagen, el cambio se efectúa. El cambio social es, en este sentido, la suma de la movilidad adquirida por un individuo (en un sentido más preciso... el equilibrio de la sociedad puede expresarse como una relación entre la movilidad individual y la estabilidad institucional). Está bastante bien establecido que una relación sistemática entre las principales formas de movilidad —física, social y psíquica— es necesaria para una moderna sociedad participante. En cuanto a secuencias y fases, sólo disponemos de la experiencia occidental para que nos sirva de modelo en amplia escala. Históricamente, en el mundo occidental la movilidad evolucionó en fases sucesivas a lo largo de muchos siglos. La primera etapa fue de movilidad *geográfica*. El hombre estaba desligado de su suelo nativo. La era de la exploración abrió nuevos mundos, la edad de la migración los pobló con hombres trasplantados de su tierra nativa. La segunda etapa fue de movilidad *social*. Una vez liberado de su suelo nativo el hombre buscó la liberación de su *status* nativo. El emigrado no sentía ya la obligación de ser la sombra de su padre en la rutina de un papel social que su nacimiento le había conferido. Al contrario, como había cambiado su lugar en el mundo, así trató de cambiar su lugar en la sociedad. La tercera etapa fue de movilidad *psíquica*. El hombre que había cambiado el suelo y su *status* nativo se sintió obligado finalmente a cambiar su yo nativo. Si ya no era la sombra de su padre, entonces debía modelar para sí mismo una personalidad que se ajustara a su posición actual. Una vez cambiados su casa ancestral y su *status* heredado, transformando con ello su lugar y su función, debía transformarse a sí mismo, conforme a su nueva situación. *La adquisición y la difusión de la movilidad psíquica bien puede ser la más grande transformación caracteriológica de la historia moderna, sin duda alguna desde el surgimiento y difusión de las grandes religiones del mundo. Este es en todo caso el factor fundamental que debe ser comprendido por todos aquellos que planean un rápido crecimiento económico por medio de un rápido cambio social. Porque la movilidad psíquica —que en otro lugar hemos llamado "empatía"— es el mecanismo por el cual los individuos se transforman con suficiente amplitud y profundidad para obrar un cambio social autosostenido»* (la cursiva es mía).

Estos procesos de movilización muestran cómo la participación ciudadana crece al emi-

grar a la ciudad. Los factores de esa participación son (DEUTSCH, K. W., 1961, págs. 193-277): 1) el desplazamiento a la ciudad; 2) desplazamiento del sector agrícola al industrial y aun al terciario; 3) aumento de la población y cambio en su composición; 4) mayor alfabetización, y 5) mayor exposición a los medios de comunicación de masa (véase PASQUINO, 1988, pág. 183).

Así, los flujos migratorios a la ciudad podrían, en el mejor de los casos, ser ocasión de creación de empatía o capacidad de cambiar uno para cambiar el medio (adaptación positiva), así como de incrementar la participación democrática. Pero frecuentemente no es así. Poniéndonos ahora en el peor de los casos, podríamos decir que no sólo no se producen cambios empáticos a favor del cambio social, sino que las culturas de origen y las frustraciones y primeros tropiezos urbanos crean una antiempatía que está determinando el fracaso personal y los conflictos individuales (sobre todo las actitudes delictivas). La participación ciudadana sería una salida nunca buscada en estas condiciones antiempáticas. El papel formativo de los gobiernos municipales, con mecanismos de asimilación eficaces, podría favorecer el cambio empático y las tendencias modernizadoras y participativas en estas masas emigrantes. Pero este tipo de acción apenas existe, quizá porque se dude de su eficacia o porque no se sabe articular. En algunos casos del Estado español la descripción que se hace es bastante positiva: «La ciudad "periférica y suburbial" de los años sesenta, desprovista de estructuras y espacios de comunicación, ha dejado paso a otra "nueva" ciudad en la que, junto a procesos de segregación social, se genera igualmente otros procesos asociativos de carácter integrador. Uno de los efectos más palpables de la acción institucional tras el franquismo se ha podido apreciar en el cambio que han experimentado las infraestructuras urbanas y, en líneas generales, en todo el sistema de equipamientos colectivos. Las grandes periferias urbanas de los años del "desarrollismo" han ido recomponiendo progresivamente sus espacios públicos. No cabe duda que, junto a la acción de las corporaciones locales democráticas, el Movimiento Ciudadano tuvo un papel decisivo a la hora de detectar y señalar la solución de muchas de las necesidades urbanas... las primeras generaciones urbanas socializadas, en parte, en ámbitos rurales, están dejando paso a otras, socializadas totalmente en ámbitos urbanos... Las características más destacables de este proceso son el incremento cuantitativo y la diversidad tipológica de las organizaciones ciudadanas... el número de asociaciones registradas en Vizcaya en los últimos nueve años ha sufrido un incremento del 214 por 100. El incremento, además, es muy significativo para todos los tipos asociativos, siendo los más sensibles los de carácter juvenil y los culturales. Junto a esta diversificación organizativa se constata una progresiva pérdida del carácter crítico-reivindicativo de las asociaciones,

así como su acercamiento institucional» (URRUTIA, V., 1989, pág. 140). Menos optimista es el diagnóstico madrileño sobre la remodelación de barrios de Villasanté y otros (VILLASANTE, ALGUACIL, DENCHE, HERNANDEZ AJA, LEON Y VELAZQUEZ, 1989), en el que se evidencian las carencias del plan y los problemas de todo tipo que se han generado.

Apuntar que según los informes Garrido-Requena (IESA) y Curbelo-Martíu (BHE) las necesidades de vivienda en España se situaban en 1990 en alrededor de 700.000 unidades, lo que evidencia un déficit muy notable que tiende a multiplicar la marginalidad de las nuevas generaciones.

Para BENION y SOLOMON (1987, pág. 181) los graves disturbios que ocurrieron en las ciudades británicas en la década de los ochenta estuvieron causados por cinco cuestiones: alto desempleo, falta de espacio, discriminación racial y desventaja manifiesta, exclusión política, impotencia y común desconfianza y hostilidad hacia la policía. En estas cuestiones se resume una parte sustancial de los problemas urbanos capaces de causar graves injusticias y abundantes y graves conflictos. La conjunción de tales factores subraya la tendencia antiempática del emigrante y quiebra el proceso de movilidad psíquica que hubiera posibilitado la adhesión de los afectados al proceso de cambio social. La tendencia municipal generalizada de ir al carro de los problemas, sin adelantarse a ellos, agudiza los momentos conflictivos de los procesos de integración y los retrasa. En Francia, la situación fue resumida así: «En su definición inicial como trabajadores extranjeros, los emigrantes, que siguen siendo ciudadanos de sus países de origen, van a rechazar cualquier forma de acción o participación política. De hecho, desde el final de la década de 1950 hasta mediados de la de 1970, las investigaciones empíricas comprueban constantemente, por un lado, la débil participación de los emigrantes en la vida política, jurídicamente prohibida, y asimismo en la vida sindical del país receptor, y, por otro lado, la reticencia de los responsables sindicales a asumir el problema nuevo que crea la presencia de obreros emigrantes, masiva en determinados sectores. En el mejor de los casos, los emigrantes podrían ser objeto del discurso político o sociológico de los otros; no aparecen como actores políticos. Los movimientos reivindicativos ligados a las condiciones de los alojamientos en 1969-70 y 1979, las huelgas salvajes en relación con el estatuto jurídico, las huelgas de hambre de 1972-1973 contra la circular Marcellin-Fontanet, la multiplicación de las asociaciones de emigrantes a partir de 1970 (de las 400 asociaciones de emigrantes italianos, la mitad han sido creadas con posterioridad a esa fecha), las manifestaciones de protesta contra los atentados "racistas", las huelgas espectaculares en las fábricas (desde la Pennaroya, en Lyon, en 1971, hasta la de Poissy, en 1982-1983) han dado lugar a un nuevo discurso sobre la reciente politización de los

emigrantes. Se recuerda con razón que si los emigrantes no disponían de derecho al voto ni de derecho a concurrir a los empleos públicos, no estaban, sin embargo, privados de derechos económicos y sociales —derecho de asociación, derecho de huelga, derechos sindicales, derecho a ser electores para elegir los comités de empresa y los delegados de personal, así como derecho a ser elegido (a condición de saber francés)— y que disponían de medios legales y políticos para hacer presión sobre las decisiones gubernamentales, como lo ha demostrado su triunfo durante las huelgas de alojamientos o la no aplicación de la circular Marcellin-Fontanet. De hecho, esa "oposición extraparlamentaria", sustituida por la acción de los sindicatos, de los partidos de la oposición hasta 1981 y de múltiples organizaciones religiosas, ha demostrado ser eficaz (véase MILLER, M. J., *Foreign Worker in Western Europe: an Emerging Political Force*, Praeger, Nueva York, 1981). También se puede analizar cómo el universo político de los emigrantes, limitado por la no participación en las elecciones de los gobernantes, se concentra en los problemas de la vivienda, luego en las condiciones laborales y en las relaciones con la política y la administración: *para los emigrantes lo que estaría politizado es lo no político*» (la cursiva es mía) (SCHNAPPER, D., 1988).

## CONFLICTO Y DELINCUENCIA URBANA

Los llamados «estadísticos morales», QUETELET («Recherches sur la population, les naissances, les décès, les prisons, les dépôts de mendicité, etc., dans le royaume des Pays-Bas». *Nouveaux mémoires de l'Académie royale des sciences et belles-lettres de Bruxelles*, núm. 4, 1827, págs. 117-192) y GUERRY (*Essai sur la statistique morale de la France*, Crochard, París, 1833), trabajando sobre las primeras series de estadísticas criminales en Francia observaron ciertas regularidades que convertían en *hechos sociales* (como después los llamó Durkheim) a aquellas patologías individuales: el salto a la sociología del delito estaba empezando a darse. Aquellos antecesores de Durkheim estaban operando con cifras ordenadas y abrían así la puerta a un tratamiento nuevo del conflicto social que podía estar tras los hechos delictivos, aunque éstos fuesen cometidos por individuos.

Si la historia de la delincuencia es, esencialmente, la historia de la ciudad, aquel paso estadístico-analítico es un punto importante de la historia urbana. A partir de ahí, y con revisiones y matices, el análisis científico de la delincuencia fue ya un hecho. Uno de los padres de la estadística (Quetelet) es también uno de los padres del análisis científico del delito (véase STIGLER, S. M., 1986).

Desde los trabajos de PARK, BURGESS y MCKENZIE (*The City*, 1925, y otros textos), la escuela de Chicago se caracterizó por insistir en el planteamiento ecológico de los problemas,

con algunos conceptos tomados de la ecología animal (como «simbiosis», «invasión», «sucesión» o «dominio», que intentaban explicar las luchas espaciales en la ciudad y la producción y reproducción de la delincuencia). Park y McKenzie hablaron por primera vez de *ecología humana*, y fundaron un peculiar método de entender el análisis urbano, que fue seguido, hasta hoy, por diversos sociólogos. Frente a la ecología de la escuela de Chicago surgieron nuevos planteamientos del conflicto social en la ciudad que eran conceptualmente próximos al marxismo o netamente marxistas. Pero antes de entrar en este debate veamos este párrafo de Park (en MACGILL HUGUES, H., 1979): «Una persona no es más que un individuo que tiene un *status* social en alguna parte, en alguna sociedad; pero en último término el *status* resulta ser una cuestión de distancia: distancia social. La geografía, la ocupación y todos los demás factores, que determinan la distribución de la población, determinan también irremisiblemente el grupo y las personas con las que cada uno de nosotros estamos obligados a vivir; por ello las relaciones espaciales han llegado a asumir la importancia que tienen. El hecho de que las relaciones sociales estén frecuente e inevitablemente correlacionadas con las relaciones espaciales y que las distancias físicas sean tan a menudo, o parezcan ser, los índices de las distancias sociales explica que las estadísticas tengan importancia para la sociología.»

En esta línea de la escuela de Chicago, SHAW y MCKAY publicaron un trabajo histórico en 1942 (*Juvenile Delinquency and Urban Areas*) que asentó las tesis de Park *et alia* sobre la distribución espacial de la delincuencia. La solidez física y cultural de los vecindarios urbanos concentró el trabajo de la escuela de Chicago y de los sociólogos próximos a sus planteamientos, que buscaban la aplicación de los conceptos ecológicos de la vida animal a los problemas humanos y sociales, la ciudad en particular. Por esa orientación tendía a soslayar los problemas de las clases sociales en cuanto tales, y a centrarse en descripciones de la relación individuo/ambiente y lo que de ellas se derivan. Sin negar la concentración de delincuentes por zonas definidas, y aun sin negar el interés de la explicación ecológica (simbiosis, invasión, dominio, sucesión, cultura), JOHN REX y ROBERT MOORE (*Race, community and conflict*, 1967) introducen el concepto de *housing class* (clases según vivienda), que Rex explica así: «En el Estado del Bienestar, los bienes suministrados públicamente no siempre son accesibles en el mismo grado a todos los ciudadanos. En el caso de las viviendas de propiedad pública, por ejemplo, hay viviendas de diferente calidad, siendo accesibles a los individuos según un sistema de puntos que deben reunir. El poder político de los diferentes grupos determina qué entra dentro del sistema de puntos y quién los reúne, y los que se hallan en diferentes posiciones de acuerdo con este sistema se dividen por sus intereses, dando lu-

gar a nuevas agrupaciones políticas o a lo que se ha llamado "clases según la vivienda". Igualmente, las escuelas públicas y la medicina son de calidad desigual y hay que encontrar algún sistema para asignar servicios de diferente calidad a diferentes personas. La noción de "clases según la vivienda"... ha sido criticada por Colin Bell sobre la base de que mientras el concepto de clase implica la existencia de un explotador y un explotado, el uso del concepto de clase según la vivienda no siempre deja claro quién explota a quién y cuáles son los aspectos relacionales. Podría plantearse un problema similar aun cuando el término "clase" se utilice para referirse no a un grupo que explota a otro, sino a unas relaciones de intercambio que conducen a una negociación colectiva. Podríamos preguntarnos: ¿quién negocia o trata con quién? La respuesta a esta pregunta es que no estamos hablando de relaciones de intercambio (o de relaciones de explotación o de negociación) entre dos clases, sino de *la posición relativa de grupos de individuos en el seno de un sistema de asignación política y burocráticamente organizado* (la cursiva es mía). Sin embargo se hallan en competencia y en conflicto entre sí porque los recursos son escasos y algunos obtienen mejor trato que otros. En este caso el proceso de negociación (o, podríamos decir, "la lucha de clases") se produce inmediatamente a nivel político. En las relaciones de intercambio, negociación y explotación mencionadas anteriormente, en un primer momento se empleaban sanciones no políticas, que gradualmente daban paso al uso del poder y de la violencia política o al uso del poder estatal. Tan pronto como se utiliza esta última alternativa, nos encontramos en una situación que sugiere el concepto de clase según la vivienda, es decir, una situación en que los partidos utilizan el grado de influencia que poseen en el programa político para promover sus intereses compitiendo entre sí» (REX, J., 1985, págs. 54-55).

Rex y Moore parecen seguir los planteamientos de Max Weber en lo que concierne a la división en clases alrededor del tema de la *propiedad* y en una situación de mercado, revisión de la dicotomía absoluta capital/trabajo de Marx (véase SAUNDERS, P., 1983, cap. 2).

Resumiendo el debate entre el ecologismo de la escuela de Chicago y el tipo de posición que representan Rex y Moore, puede decirse que «la modificación formal de la teoría (ecológica) consiste en tratar de demostrar que los procesos de invasión, dominio y sucesión delineados por Park y Burgess y otros son realmente descripciones de las formas en que intereses sociales muy reales (las clases que buscan vivienda) llegan a zonas nuevas y logran su control de autoridad o, por el contrario, de las formas en que otros intereses igualmente reales pero menos poderosos pierden la lucha puramente en el mercado de viviendas. Un proceso que para otros podría constituir un tipo de selección darwinista de los que son naturalmente superiores es traducido y visto

acá como lo que realmente significa en términos de relaciones sociales» (TAYLOR, I.; WALTON, P., y YOUNG, J., 1977, pág. 133).

Desde que la escuela de Chicago realizó sus primeros trabajos empíricos (en Chicago, sobre todo) sobre la cartografía de la delincuencia, la distribución espacial del delito ha cambiado en casi todas las grandes ciudades del mundo avanzado: de los centros comerciales rodeados de barrios de miseria y delincuencia al actual centro recuperado y poderoso y a los círculos periféricos de la ciudad actual, con sus zonas estables de trabajadores, sus barrios miserables (en Madrid se cuentan hasta 14 poblados de chabolas) y sus diversas zonas residenciales con varios niveles de lujo o bienestar, hay una gran diferencia. Que el delito tienda a repartirse por igual en todas las áreas plantea nuevos problemas y cuestiona en parte ciertos planteamientos de la escuela de Chicago. Los estudios realizados en Estados Unidos muestran que «en el interior de la ciudad y en la zona de transición los niveles de delito no son simplemente un producto de la pobreza relativa que ahí se da» (CATER, J., y JONES, T., 1989). Si hay que buscar también más allá de la pobreza, ¿cuál es el motivo para delinquir?

La tradición ecologista ha optado por contestar aludiendo a la desorganización social creada en los espacios habitados por inmigrantes anónimos (el concepto durkehimiano de *anomie* es central en estas explicaciones. Para Durkheim: RODRIGUEZ ZUÑIGA, L., 1978) que delinquen a falta de instituciones suficientes de control social, o a su mal funcionamiento, etc. También, en otra línea, el ecologismo insiste en que, lejos los delinquentes de ser individuos mal socializados, están perfectamente socializados en su subcultura o *neighbourhood subculture* o subcultura vecinal que les permite delinquir y aun los incita a ello.

Con todo, las determinaciones económico-espaciales no son suficientes para explicar la variabilidad de la delincuencia ni en el conjunto de la población, ni en las diversas áreas urbanas, ni en el interior de las clases más abocadas supuestamente a ello. La determinación socioespacial no es suficiente, aunque sí necesaria. Debe existir una oportunidad (*an opportunity/motivation rubric*) (BRANTINGHAM y BRANTINGHAM, 1981a, en CATER y JONES, ob. cit., págs. 90 y sigs.). Tanto los autores citados como DAVIDSON (en CATER y JONES) se centran en el espacio como factor determinante de la oportunidad (la *distancia*), y también la arquitectura. Con la distancia de la zona del delincuente disminuye su acción. No falta quien centre su atención en la defensa, y así NEWMAN (1972) llega a presentar un libro de nombre sugerente: *Defensible Space*. Se busca un cambio en la arquitectura que haga imposible el robo. De hecho, este planteamiento parece haber contribuido a desplazar un número de delitos de la vivienda a la calle, con el incremento de las medidas de seguridad

en pisos y comunidades, al precio quizá de una cierta paranoia colectiva.

Según los datos de la Comisaría General de Policía (España) y los de la Dirección General de la Guardia Civil (que representan a sus áreas de actuación: en general, ciudad/campo), aumenta en España *la vía pública como lugar de comisión de delitos*. También aumentan en los establecimientos comerciales y disminuyen en los bancos.

Según los datos de la citada CGP, los delitos más clásicos disminuyen del 87 al 89: delitos contra la propiedad en sus diversas variantes, aunque algunas modalidades suben levemente. Pero aumentan los delitos contra la libertad y seguridad, sobre todo el abandono de la familia, la coacción y el abandono de niños. También aumentan los delitos contra las personas y tienden a estabilizarse y disminuir los delitos contra la libertad sexual, aunque las agresiones sexuales (sin violación) suben. El decomiso de droga crece con fuerza, así como el número de detenidos por este motivo. En las estadísticas de la DGGC aumentan casi todos los delitos, a excepción de aquellos contra la libertad sexual y algún otro de menor cuantía. No parece el ámbito urbano el único lugar de peligro.

Sobre la distribución espacial y social del delito en España, «hasta 1982, tal y como mostraban las encuestas, se establecía un estrecha relación entre mayor nivel de renta y posibilidad de ser víctima de un delito. Eran los barrios de clase alta y media alta de las ciudades donde se concentraba la mayor parte de la delincuencia. Asimismo, y quizá por ello, las clases altas y los votantes de opciones de derechas consideraban al delincuente como un sujeto responsable de sus actos (y, por tanto, reprimible), y las clases medias y bajas, y los votantes de izquierda, unas víctimas de estructuras sociales injustas. Tal estructura era distinta a la de la mayoría de los países occidentales, en los que la delincuencia y los delitos se concentran en los barrios con menor nivel de renta, mientras las personas con mayor nivel de renta se instalan en espacios urbanos y suburbanos con una baja tasa de delincuencia. En 1988, la situación española ha cambiado: las víctimas son ya de todas las clases sociales —incluyendo el ámbito rural—, y las demandas represivas y la imputación de responsabilidad se distribuye en forma similar en toda la escala social y política, lo que nos indica que los incrementos de trabajo judicial y policial, y del número de reclusos que aparecen en las estadísticas judiciales, son un reflejo de la expansión espacial y social de la delincuencia más que del incremento de las formas de delincuencia tradicionales» (COMAS ARNAU, D., 1990, págs. 632-33).

## CAMBIOS EN LA CIUDAD, CAMBIOS EN EL CONFLICTO

La historia ha ido modificando el carácter de los conflictos, su intensidad, su dirección, su

contenido, y en líneas generales puede decirse que la ciudad contemporánea del mundo avanzado o semiavanzado asiste a una regulación de los conflictos sociales en línea con el sistema democrático de estos países. Esto no impide que estos conflictos sociales se hagan a veces violentos y se salgan del marco sindical, para dejar constancia de la existencia de sectores de la población que operan, por diversas causas, al margen de las direcciones sindicales o políticas. Las últimas grandes huelgas en el sector de transportes de Madrid (metro y EMT) han estado dirigidas por agrupaciones gremiales o por asambleas autónomas en las que los sindicatos fueron minoritarios. Las tasas de sindicalización en España son bajas (aunque las cifras son confusas, consideramos que está sindicalizada alrededor del 25 por 100 de la población activa ocupada asalariada de la industria, la administración y los servicios en empresas del 6 o más trabajadores, según sondeos propios con motivo de las encuestas de opinión de las elecciones sindicales de 1990, realizadas por la Fundación Largo Caballero y UGT bajo mi dirección) y abren constantemente la posibilidad de un desbordamiento sindical hacia conflictos desregulados (con todo, la «representación delegada» en los sindicatos por parte de muchos trabajadores no afiliados reduce esta posibilidad: sobre el tema de los *free riders* o *gorriones*, como se ha traducido el término para hablar de los trabajadores que se benefician de la acción sindical pero no cotizan, véase OLSON, M., 1971, 1982; y sobre temas conexos de «intereses individuales y acción colectiva» véase el número 54/55 de *Zona Abierta*, 1990; sobre la situación interior de algún sindicato importante véase, *Perfil, Actitudes y Demandas del Delegado y Afiliado a UGT*, 1989, de BOUZA, F.; VARGAS, M. T.; ASENJO, A., y BORGES, F.). En este sentido no son descartables fuertes pasos atrás hacia modelos de conflicto más primarios. Con su peculiar forma de entender «el proceso de la civilización», dice NORBERT ELIAS (1987, pág. 513): «Cada una de estas olas de difusión de la pauta civilizatoria en una nueva clase, sin embargo, corre paralela con un aumento de la fortaleza social de ésta, con una asimilación de su nivel de vida al de la clase inmediatamente superior o por lo menos con un aumento de su nivel de vida sin más. Las clases que se encuentran perpetuamente bajo la amenaza del hambre o que viven reducidas a la miseria y a la necesidad no pueden comportarse de modo civilizado; para crear y poner en funcionamiento un super-yo estable era preciso, y sigue siéndolo, un nivel de vida relativamente elevado y un grado razonable de seguridad.»

En líneas generales puede ser parcialmente válida para España la descripción de LINZ (1990, pág. 663): «Hemos pasado de conflictos de clase en la España rural y en los enclaves industriales, de gran intensidad por tratarse de conflictos de suma cero en una sociedad pobre e implicar sentimientos de *status* de unas clases

medias amenazadas en su estilo de vida y valores, altamente ideologizados y movilizados, a los conflictos normales sobre distribución de bienes y servicios, en gran parte institucionalizados —entre sindicatos y patronales— y despersonalizados. Hemos pasado de una sociedad débilmente integrada y dividida por conflictos de clase, religiosos, ideológicos, entre nacionalidades, surgidos por distintas concepciones del Estado, a una sociedad más homogeneizada en la que la mayoría de los actores sociales huyen del conflicto, buscan el consenso y toleran un margen grande de diversidad, incluso permisiva, que cuenta con un marco institucional respetado que define las reglas de juego. Esto no quiere decir que no existan serias desigualdades y tensiones latentes susceptibles de ser activadas...»

La tipología del conflicto social en la ciudad va cambiando de forma lenta a medida que se van produciendo ciertos avances económicos que permiten a un mayor número de gente acceder a un nivel de vida digno. El número de conflictos laborales en España (medido en miles de jornadas no trabajadas) cae de 1980 (6.177,5) a 1986 (2.279,4) a casi la tercera parte, para luego volver a ascender (datos del Ministerio de Trabajo). Pues bien, en la ciudad de Madrid alrededor del 20 por 100 de conflictos sociales (medido en número de manifestaciones en la calle) en el año 1986 (año de mínimas jornadas no trabajadas) son conflictos netamente urbanos (no exactamente políticos ni laborales, que se reparten a medias aproximadamente el 80 por 100 de la conflictividad): problemas de inseguridad, urbanísticos, agresión sexual, líneas de autobuses, degradación, contaminación, semáforos, viviendas sociales, etc. Al aumentar de nuevo los conflictos laborales desde 1986 hasta la actualidad, los conflictos *urbanos* o de *calidad de vida* parecen disminuir sensiblemente, a falta aún de un tratamiento sistemático de los datos desde este punto de vista de la tipología conflictual (ADELL, R., 1989).

Parece haber una relación inversa entre la conflictividad político-laboral y la conflictividad que hemos llamado urbana, como si esta última surgiera cuando existe una percepción más positiva del nivel de vida y de la situación política, y desapareciera o se atenuase cuando los conflictos político laborales resurgen. En este sentido los conflictos de calidad de vida pueden ser, vistos desde este punto de vista, un síntoma de buena salud en los factores básicos.

## EL FUTURO DE LA CIUDAD Y EL CONFLICTO FUTURO

Los teóricos del franquismo urbanístico como Bidagor (véase DIEGUEZ PATAO, S., 1990) querían una «ciudad orgánica» según el modelo del organismo humano, de la misma forma que quería una «democracia orgánica»: es un tópico del pensamiento autoritario, cuya idea del orden y la planificación no pasa de ser un amago retórico:

durante el franquismo se pusieron las bases más sólidas para el crecimiento anómalo de las grandes ciudades del país, y ese desorden añadió problemas a los ya graves de todo proceso de desarrollo y urbanización. Este crecimiento especulativo presentó a la ciudad como refugio de un grupo de especuladores y una masa de afectados, un lugar para la crítica estrictamente. Los cambios democráticos, la reversión parcial del proceso de deterioro inflacionario, la posibilidad de organizarse y una mejoría de las condiciones sociales están cambiando la perspectiva analítica de la ciudad.

Castells, que en su primera sociología incidía sobre todo en la conflictividad urbana desde el prisma de la lucha de clases, subraya en la actualidad el tema *informativa* de la ciudad y su funcionalidad económica: «Las grandes ciudades y sus áreas metropolitanas son a menudo consideradas como fuentes de problemas sociales, funcionales y ambientales. Pero de hecho son, ante todo, los sistemas técnicos y organizativos fundamentales en el proceso de crecimiento económico en nuestro tipo de sociedades. En la medida en que la productividad y la competitividad de empresas y economías regionales y nacionales dependen cada vez más de la generación y tratamiento de la información (referencia a su texto *The Informational City. Information Technology, Economic Restructuring and the Urban-Regional Process*, 1989), son las grandes ciudades, con su concentración y articulación de actividades direccionales, empresas innovadoras y sistemas de gestión, decisión y producción de conocimientos, las que se constituyen en los nudos determinantes del nuevo modelo de crecimiento en las sociedades llamadas posindustriales o informacionales... Cualquier política urbana que olvide la dimensión económica de la gran ciudad, supuestamente en aras de dar prioridad a la calidad ambiental, por ejemplo, podría poner en cuestión el proceso histórico de modernización en que están inmersas la economía y la sociedad españolas en estos momentos» (CASTELLS, M., 1991a, págs. 17-18-19).

Este cambio de interés del sociólogo expresa a su vez el conjunto de cambios de perspectiva en el análisis social que se han producido en los últimos años. De una ciudad indomable, cruzada de problemas cuyo sentido último era netamente político, se va pasando al análisis de una ciudad parcialmente organizada como núcleo económico central de un sistema urbano regional, nacional o mundial. Estamos hablando, sobre todo, del llamado Primer Mundo, cuyas ciudades han asumido un protagonismo económico inusitado, y cuyos problemas, aún subsistentes, han ido moderándose. La propia perspectiva política de la sociología urbana ha ido modificándose con la modificación de la ciudad.

No están dadas aún todas las condiciones para que unos mercados estables en un medio político estable hagan pensar que la bonanza del sistema urbano occidental es definitiva. Hay signos claros de que no es así, y los próximos años

irán marcando el futuro posible en los países avanzados. Si se va a una extensión de la sociedad civil al Tercer Mundo, y sus ciudades se convierten a su vez en parte sustancial del sistema urbano mundial, es posible que se consolide la perspectiva analítica informativa en la sociología urbana y el tema de los conflictos que expresan necesidades perentorias ocupe su exacto lugar en las patologías de la ciudad. La lucha por la plena ciudadanía con el acceso al mayor número de *titularidades* (derechos) que permitan, a su vez, la mejora de las condiciones para el acceso a provisiones o bienes (véase DAHRENDORF, R., 1990) aparece como el futuro más deseable para los países en desarrollo (o en la miseria, algunos de ellos): la ciudad puede ser (ya lo está siendo) el lugar en que las perspectivas de democratización abran el camino a una relación más sana con los países más poderosos.

La ciudad occidental del futuro (y ya de ahora), desde la utopía emergente, es el lugar de la racionalidad reguladora, tanto en la economía como en el conocimiento. Sin embargo, son numerosas las ciudades españolas y europeas que pudieran clasificarse como estacionarias o regresivas en su desarrollo y fuertemente problemáticas. Siguiendo la clasificación de CHESHIRE y HAY (1989, pág. 49) podríamos trazar unos ejes de coordenadas que dividieran en cuatro el espacio clasificatorio: sobre las variables *desarrollo* y *problemas* obtendríamos cuatro modelos de ciudad actual: ciudades en desarrollo con/sin problemas y ciudades sin desarrollo con/sin problemas. El modelo de ciudad estancada o en regresión con importantes problemas de paro y delincuencia debe ser también abundante en el Primer Mundo: el propio «sistema urbano mundial» podría estar decantándose hacia una excesiva centralidad con problemas periféricos, tanto en el interior de los Estados como en el interior de las zonas económicas más definidas.

Dice CHARLES TILLY (1989, pág. 47) que «los sistemas de ciudades europeas representaron las relaciones cambiantes entre concentraciones de capital, y sus sistemas de Estados representaron las relaciones cambiantes entre sistemas de coerción». Aceptando la vigencia de este análisis, aquellas ciudades actuales que mantengan su importancia económica como lugares de concentración de capital (mayor o menor) tendrán una vigencia y una funcionalidad que las situarán como ciudades centrales en sistemas y subsistemas urbanos según de qué nivel, cambiando su importancia en tales redes de acuerdo con esa vigencia económica, subiendo y bajando su centralidad a medida que crece o decrece su importancia como lugares de concentración.

El futuro de la ciudad está vinculado a los flujos de capital que pueda atraer, y la ciudad del futuro, siguiendo este modelo del momento, es ese centro de regulación económica capaz de insertarse en la red internacional de centros reguladores. Los problemas de las ciudades en

decadencia (sin desarrollo y con problemas) requerirán un tratamiento específico de readaptación al sistema urbano, y cabe esperar una conflictividad ligada a esa decadencia. De hecho, la reconversión industrial de este país ha planteado ya esta adaptación a ciudades que tuvieron una gran importancia en el sistema industrial clásico (Sagunto, El Ferrol, Bilbao y otras).

Este modelo urbano vigente, dinámico y ciertamente agobiante (saturado, por cierto, de soluciones *ad hoc*, «que son precisamente las que a la larga pueden llevar a una patología ecológica más fundamental», como dice BATESON, 1985, pág. 529) está provocando una serie de críticas a la condición urbana actual en la misma población que habita las ciudades, perfilando una conflictividad, ya en marcha, sobre temas de *calidad de vida* (habíamos visto la incidencia de los que llamábamos conflictos urbanos en el año de más baja tensión laboral, 1986). «Parece que la fuente de insatisfacción ciudadana está en una reacción generalizada contra el modelo de sociedad implícito en el progreso material que, sin embargo, todos queremos (CASTELLS, M., 1991b, pág. 3). Y es esta contradicción entre el deseo antiurbano y la necesidad urbana lo que está determinando una tensión en la ciudadanía occidental que la lleva cíclicamente a conductas de fuga urbana, tanto minoritarias (el paraíso perdido de los movimientos naturalistas contraculturales, ciertas formas de ecologismo, etc.) como mayoritarias (la semificción del fin de semana campestre, la búsqueda de la pureza natural en la alimentación, y otras rutinas anímicas y corporales de la gran panoplia de ofertas que explotan esa tensión).

La línea aún vigente de la transformación urbana se puede resumir en este texto: «Desde la posguerra hasta mediados de los años setenta, las ciudades europeas experimentaron un proceso de crecimiento acelerado que dio lugar a las áreas metropolitanas. Fue el resultado de las necesidades de espacio del modelo de producción llamado "de acumulación fordista"—que se caracteriza por la producción en serie, el consumo de masas y la utilización intensiva de mano de obra—. Se crearon así las grandes zonas industriales y los barrios periféricos de las ciudades. Con la crisis económica cambiaron algunas de las coordenadas del modelo: el paro hizo su aparición y cambió el signo de las migraciones territoriales; el sector industrial perdió importancia en favor del sector servicios. Las nuevas tecnologías (basadas en la microelectrónica), junto con la facilidad de comunicación (fax, modem, transportes de alta velocidad), abrieron nuevas posibilidades en la división técnica del trabajo; las empresas pueden fraccionar verticalmente el sistema productivo y ubicar cada parte del proceso en un espacio diferente. Este modelo económico, que se conoce con el nombre de "acumulación flexible de capital", expande la actividad empresarial por el territorio en mayor medida que el modelo anterior. En términos generales se observa que la fabricación tiende a alejar-

se de las ciudades e incluso de sus periferias inmediatas, mientras que las oficinas y departamentos de dirección se sitúan en el centro de las ciudades. Allí se ubican también las empresas de servicios, el sector financiero, los comercios especializados y las empresas de alta tecnología» (ALABART, A., 1991, pág. 2).

## LOS SIMBOLOS Y LAS FIESTAS: EL ANTICONFLICTO QUE UNE

Un análisis simbólico nos debe acercar a la percepción de la ciudad por sus habitantes en los términos de los universos evocados para él en todas y cada una de sus partes expresivas. Los problemas de orden simbólico, que generan conflictos individuales y colectivos, atañen a la significación de la propia estructura urbana y de sus elementos semánticamente activos para un espectador. El tipo de cosas que plantea KEVIN LYNCH en su *La imagen de la ciudad* (1960), y también ese universo de persuasión obvia u oculta que son los medios de comunicación, o la propia ciudad concebida como medio de comunicación de masa. En algunos artículos (BOUZA, F., 1983 y 1984b) he subrayado cómo el *sistema simbólico del sentido común* se va creando en esa relación con los medios, entre otras interacciones, y cómo las vallas, los anuncios menores, las pintadas, la arquitectura, todo lo que la ciudad contiene constituyen un simbolismo que aporta creencia, y que acaban por constituir parte sustancial de la condición urbana.

En la investigación sobre el eje madrileño Prado-Recoletos-Castellana, Gavira localiza percepciones determinadas por el medio de transporte. «El autobús proporciona una imagen única en la que los monumentos se unen a determinadas vistas y trayectos; así, el Monumento a la Constitución corresponde "a donde gira el 45", o el museo de esculturas de Rubén Darío a "una parada larga donde se hace conexión con la suburbana"; Cibeles es el símbolo por excelencia del viajero de autobús, ya que los giros de la plaza permiten ver la estatua desde cerca y desde todos los ángulos» (GAVIRA, C., 1985, pág. 51).

Estos simbolismos múltiples van tramando una percepción que en parte es colectiva o compartida, y sobre la que el ciudadano encuentra un elemento *comunitario*, no tan perdido como pudiera creerse (véase BOUZA, F., 1989). Es lo que une, al igual que otras participaciones colectivas, ya no tan abundantes, o quizá más segmentadas, fuera ya del lugar sagrado de la plaza mayor, herencia casi perdida del *lucus* primitivo, son las *fiestas* de la urbe, oportunidad de restituir la unidad perdida en el barrio o en el conjunto de la ciudad: *la antítesis del conflicto*, o el conflicto por vía simbólica, como las competiciones deportivas.

«En el barroco —dice BONET CORREA (1990, págs. 18-19)— toda la ciudad participaba en la fiesta: nobles, funcionarios, clero, órdenes religiosas, artistas, artesanos y menestrales. Unos

son actores, otros espectadores. Desde las ventanas, balcones y miradores de las casas, desde los "miraderos" levantados ex profeso, desde los "palomares" de los conventos de clausura a los tejados y terrazas de los edificios públicos, miles de ojos contemplan admirados el paso de los cortejos o asisten a las corridas de toros y juegos de cañas, a las máscaras y piezas de teatro representadas al aire libre. Las gentes agolpadas en las calles y plazas gritan y aplauden cada vez que la fiesta alcanza sus puntos álgidos de emoción. Campesinos venidos de los pueblos aledaños a la ciudad se suman a la población. Desde la mañana del día de fiesta reina un clima especial. Los edificios y casas con los balcones engalanados con reposteros y tapices cubriendo sus fachadas presentan un aspecto inusitado. En el siglo XVIII las falsas fachadas, realizadas con grandes bastidores de tela, con ornatos de guirnalda y flameros recortados como en una decoración de teatro, recubriendo los auténticos de las casas y palacios nobiliarios, rivalizan con los arcos de triunfo, los obeliscos, pirámides y demás obras efímeras erigidas por el Ayuntamiento, las corporaciones o los gremios que constituían las fuerzas vivas de la ciudad.»

Las fiestas actuales, en general, no son tan comunitarias, pero lo son suficientemente como para constituir todavía un elemento de identidad colectiva urbana: «... para que el orden social resulte posible, además de la cooperación entre los grupos de interés hace falta algún otro prerrequisito, capaz de garantizar un nivel suficiente de solidaridad colectiva, participación pública y compromiso con la comunidad: algo que no puede nunca surgir de la mera cooperación o intercambio de mercado. Luego para explicar el orden social hace falta algo más que reducirlo al modelo de la feria o mercado del *homo economicus*. Pues bien, ese algo más es la fiesta, como modelo de orden social capaz de inducir la participación colectiva de sus miembros solidarios. Así, la mera cooperación instrumental se ve superada y justificada por la solidaridad expresiva, otorgada por la fiesta, sin la que no hay orden social» (GIL CALVO, E., 1991, pág. 139).

## A MODO DE CONCLUSION

La historia del conflicto social urbano es la historia de la modificación de los modos de agrupamiento social, que cambian con las transformaciones económicas y simbólicas: entre los primeros conflictos desregulados a los actuales conflictos reglamentados ha transcurrido la historia humana de los países avanzados y semia-avanzados, pero no siempre es así: porque ni los primitivos conflictos fueron siempre desordenados ni los actuales se ciñen siempre a un orden reglamentario.

Los procesos de cambio social que están ocurriendo en el mundo, tanto en los países avanzados como en aquéllos en vías de desarrollo, están creando un nuevo modelo urbano ligado por una red económica de intercambios en un sistema urbano mundial con ciudades de diversa importancia dentro del sistema. La capacidad de las urbes del Tercer Mundo para vencer sus dificultades en los próximos años de fuerte urbanización y para incorporarse al sistema económico-informacional no es muy grande, pero tampoco es imposible. En las ciudades del mundo avanzado los conflictos tenderán a ser por la mejora de la calidad de vida, mientras que en el Tercer Mundo se anuncian conflictos urbanos por la mera subsistencia.

Los modelos de conflicto a más largo plazo dependerán de la resolución de los problemas más graves del momento. Si no se consigue una articulación positiva del sistema económico que permita un relación más saludable entre ciudades pobres y ricas, el propio sistema urbano mundial se resentirá y la conflictividad es imprevisible.

Si las cosas se consolidan en la línea actual, las ciudades tenderán a convertirse en los lugares centrales de la regulación económica nacional e internacional, y aquéllas que no se adapten a esa función modernizando sus estructuras informativas, tecnológicas y financiera se quedarán fuera del proceso y sufrirán un proceso de estancamiento o regresión que les traerá nuevos problemas de paro y subdesarrollo en su periferia.

## BIBLIOGRAFIA

- ADELL, R. (1989): Tesis doctoral sobre *Las manifestaciones en la calle durante la transición*, edición mimeográfica de la Universidad Complutense, Madrid.
- ALABART, A. (1991): «La ciudad estalla. Las pautas residenciales en la nueva 'polis'», en *El País* (suplemento *El gobierno de las ciudades*), 23-VI-91, pág. 2.
- BATESON, G. (1985): «Ecología y flexibilidad en la civilización urbana», en *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, C. Lohlé.
- BENYON, J., y SOLOMON, J. (1987): *The roots of urban unrest*, Oxford, Pergamon Press.
- BLOCH, E. (1966): *Avicena y la izquierda aristotélica*, Madrid, Ciencia Nueva.
- BONET CORREA, A. (1990): *Fiesta, poder y arquitectura*, Madrid, Akal.
- BOUZA, F. (1981): «El cartel: retórica del sentido común», *Revista de Occidente*, núm. 5, Madrid.
- BOUZA, F. (1983): *Procedimientos retóricos del cartel. Estrategias del sentido común*, Madrid, CIS.
- BOUZA, F. (1984): «El sistema simbólico del sentido común», *Sociología Contemporánea. Ocho temas a debate*, Madrid, CIS-Siglo XXI.
- BOUZA, F.; VARGAS, M. T.; ASENJO, A., y BORGES, F. (1989): *Perfil, actitudes y demandas de los trabajadores hacia los sindicatos*, Madrid, Fundación Largo Caballero (edición mimeografiada y Síntesis).
- BOUZA, F. (1990): «Actitudes de los trabajadores madrileños hacia los sindicatos», *Economía y Sociedad*, núm. 3, Madrid.
- CARO BAROJA, J. (1986): *Paisajes y ciudades*, Madrid, Taurus.
- CASTELLS, M. (1990): «Estrategias de desarrollo metropolitano en las grandes ciudades españolas: la articulación

- entre crecimiento económico y calidad de vida», en *Las grandes ciudades en la década de los noventa*, VVAA, Madrid, Sistema.
- CASTELLS, M. (1991): «La condición urbana», en *El País* (suplemento *El gobierno de las ciudades*), 23-VI-91, pág. 3.
- CATER, J., y JONES, T. (1989): *Social Geography. An Introduction to Contemporary Issues*, Londres, E. Arnold.
- COMAS ARNAU, D. (1990): «Delincuencia e inseguridad ciudadana», en España. *Sociedad y Política*, S. Giner (dir.), Madrid, Espasa.
- CHAMPION, A. G. (ed.) (1989): *Counterurbanization*, Londres, E. Arnold.
- CHESHIRE, P. C., y HAY, D. G. (1989): *Urban problems in western Europe*, Londres, Unwin Hyman.
- CHUECA, F. (1970): *Breve historia del urbanismo*, Madrid, Alianza, 1970.
- DAHRENDORF, R. (1990): *El conflicto social moderno*, Mondadori, Madrid.
- DEUTSCH, K. W. (1961): «Social Mobilization and Political Development», en *American Science Review*, pág. 55.
- DIAZ ORUETA, F. (1991): «Los procesos de descentralización demográfica en las grandes ciudades. El caso español y una aproximación a otras ciudades del sur de Europa», en *Economía y Sociedad*, núm. 5, Madrid, Consejería de Economía de la Comunidad de Madrid.
- DIEGUEZ PATAO, S. (1990): «Un nuevo orden urbano: El Gran Madrid, 1939-1951», en *Ciudad y Territorio*, núm. 83-1/90.
- ELIAS, N. (1987): *El proceso de la civilización*, Madrid, FCE.
- GAVIRA, C. (1985): «La percepción del entorno construido como apropiación y delimitación del espacio urbano», en *CEUMT*, núm. 85.
- GIL CALVO, E. (1991): *Estado de Fiesta*, Madrid, Espasa-Calpe.
- GINER, S. (1988): *Historia del pensamiento social*, Barcelona, Ariel.
- GOODY, J. (1990): *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, Alianza.
- GOMEZ DE LIANO, I. (1990): *Paisajes del placer y de la culpa*, Madrid, Tecnos.
- KNOX, P., y AGNEW, J. (1989): *The geography of the world economy*, Londres, E. Arnold.
- LERNER, D. (1969): «Hacia una teoría de modernización de las comunicaciones», en *Evolución política y comunicación de masas*, Buenos Aires, Troquel.
- LINZ, J. J. (1990): «Reflexiones sobre la sociedad española», en España. *Sociedad y Política*, S. Giner (dir.), Barcelona, Espasa-Calpe.
- LOTMAN, J. (1979): «El problema del signo y del sistema signico en la tipología de la cultura anterior al siglo xx», en *Semiótica de la cultura*, VVAA, Madrid, Cátedra.
- MOTCHANE, J. L. (1991): «Les mégalopes du tiers-monde asphyxiées par le chaos des transports urbains», *Le Monde Diplomatique*, pp. 12-13.
- MOYA, C. (1977): *De la ciudad y su razón*, Barcelona, Planeta.
- OLSON, M. (1971): *The logic of collective action*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- OLSON, M. (1986): *Auge y decadencia de las naciones*, Barcelona, Ariel.
- PASQUINO, G. (1988): «Participación política, grupos y movimientos», en *Manual de Ciencia Política*, Madrid, Alianza.
- PIRENNE, H. (1981): *Las ciudades de la Edad Media*, Madrid, Alianza.
- REX, J. (1985): *El conflicto social*, Madrid, Siglo XXI.
- RODRIGUEZ ADRADOS, F. (1975): *La Democracia ateniese*, Madrid, Alianza.
- RODRIGUEZ ZUÑIGA, L. (1978): *Para una lectura crítica de Durkheim*, Madrid, Akal.
- SALCEDO, J. (1990): «La España urbana», en España. *Sociedad y política*, Salvador Giner (dir.), Madrid, Espasa-Calpe.
- SAUNDERS, P. (1986): *Urban Politics. A Sociological Interpretation*, Essex, Hutchison, 1986.
- SCHANPPER, D. (1988): «Modernidad y aculturaciones a propósito de los trabajadores emigrantes», en *Cruce de culturas y mestizaje cultural*, VVAA, Madrid, Júcar.
- SERVIER, J. (1969): *Historia de la utopía*, Caracas, Monte Avila.
- SMITH, A. D. (1986): *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Basil Blackwell.
- STIGLER, S. T. (1986): *The History of Statistics. The Measurement of Uncertainty before 1990*, Londres, Harvard University Press.
- TAYLOR, A. J. (1989): *Trade Unions and Politics*, Londres, Mcmillan.
- TAYLOR, I.; WALTON, P., y YOUNG, J. (1977): *La nueva criminología. Contribución a una teoría social de la conducta desviada*, Buenos Aires, Amorrortu.
- TILLY, CH. (1990): *Coercion, Capital, and European States. AD 990-1990*, Cambridge (Massachusetts), Basil Blackwell, 1990.
- URRUTIA, V. (1989): «La construcción de la ciudad democrática: nuevas y viejas tendencias asociativas», en *Salida*, núm. 1, Madrid.
- VILLASANTE, T. R.; ALGUACIL, J.; DENCHE, C.; HERNANDEZ AJA, A.; LEON, C., y VELAZQUEZ, I. (1989): *Retrato de chabolista con piso. Análisis de redes sociales en la remodelación de barrios de Madrid*, Madrid, Cuadernos de Vivienda.
- VVAA (1988): «Áreas metropolitanas en crisis», Madrid, ITU.
- VVAA (1990): *Intereses individuales y acción colectiva, en Zona Abierta*, núms. 54-55.